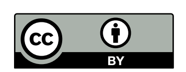
JOSÉ MORALES GONZÁLEZ

SANCHO, LECTOR

EDICIONES UNA PÁGINA



publicado por ediciones una página

Edición con Tufte-Style Book

Septiembre 2019

—COMO ME QUIERES BIEN, SANCHO, HABLAS DE ESA MANERA —DIJO DON QUIJOTE—, Y COMO NO ESTÁS EXPERIMENTADO EN LAS COSAS DEL MUNDO, TODAS LAS COSAS QUE TIENEN ALGO DE DIFICULTAD TE PARECEN IMPOSIBLES; PERO ANDARÁ EL TIEMPO Y YO TE CONTARÉ ALGUNAS DE LAS QUE ALLÁ ABAJO HE VISTO, QUE TE HARÁN CREER LAS QUE AQUÍ HE CONTADO, CUYA VERDAD NI ADMITE RÉPLICA NI DISPUTA.
CERVANTES, *EL QUIJOTE*

ONCE I PLANNED TO WRITE A BOOK OF POEMS ENTIRELY ABOUT THE THINGS IN MY POCKET. BUT I FOUND IT WOULD BE TOO LONG; AND THE AGE OF THE GREAT EPICS IS PAST.
GILBERT KEITH CHESTERTON, *A PIECE OF CHALK*

...EL VERDADERO SANCHO PANZA SOY YO, QUE TENGO MÁS GRACIAS QUE LLOVIDAS; Y, SI NO, HAGA VUESTRA MERCED LA EXPERIENCIA Y ÁNDESE TRAS DE MÍ POR LO MENOS UN AÑO, Y VERÁ QUE SE ME CAEN A CADA PASO, Y TALES Y TANTAS, QUE SIN SABER YO LAS MÁS VECES LO QUE ME DIGO HAGO REIR A CUANTOS ME ESCUCHAN.
CERVANTES, *EL QUIJOTE*

Índice general

Imposible promesa hecha

Oh, Sancho, que por no saber leer te embaucaste una y otra vez con tu vecino en fantástica aventura, bajo la promesa de hacerte gobernador de una ínsula.

"¡Desdichado de yo, que soy casado y no sé la primera letra del abecé!"

No hiciste caso a los sabios consejos de tu señora Teresa Panza; ya estabas bajo el influjo de la caballería andante. "Habláis de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda"—te recriminó y advirtió:

–"Sin gobierno salistes del vientre de vuestra madre, sin gobierno habéis vivido hasta ahora y sin gobierno os iréis..."

Habías olvidado la de palos que recibiste en tu primera partida, y que te mantearon. Y que la tal promesa no se cumplió. Regresaste luego alegre a la aventura no sin cierta tristeza por dejar a tu familia.

En la primera ocasión ni te despediste de los tuyos. Cuál reproche, si trajiste cien escudos de oro, como quiera ya gastados.

Sancho Panza, "hombre de bien –si es que este título se puede dar al que es pobre–, pero de muy poca sal en la mollera", marchaste como todo un patriarca sobre tu jumento, armado con alforjas, una bota de vino y deseos de verte gobernador.

–"Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar, por grande que sea."

Luego de escuchar de boca de tu amo que los antiguos caballeros tenían por tradición dar gobiernos a sus escuderos y de que con facilidad te podría dar más de lo prometido, exclamas: "Yo lo dudo."

Imposible ver a tu señora reina y tus hijos infantes, imposible la promesa hecha, a ti, escudero ya andante.

Los rebuznos de los hombres

Un regidor de un pueblo cercano perdió un asno pero al pasar de quince días otro regidor le dijo: "Albricias, compadre. He visto su jumento en el monte, pero al verme el muy huraño se fue. Si quiere, volvemos los dos a buscarle." "Mucho placer me haréis, y tal."

Buscaron largo rato. El regidor que lo había visto, dijo de pronto: "Una traza me ha venido al pensamiento, y es que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabéis algún tanto, dad el hecho por concluído." "¿Algún tanto decís, compadre?—dijo el otro—. Por Dios, que no me aventaja nadie, ni aun los mismos asnos."

"Vos váis por un lado del monte y yo por el otro para rodearle. De trecho en trecho rebuznaréis vos y rebuznaré yo. El asno tendrá que respondernos."

Sucedió que engañados mutuamente, rebuznaron con más ahínco y esperanza, acudiendo a buscarse pensando los dos haberlo hallado. Al reencontrase dijo el dueño:

–"Ahora digo que de vos a un asno, compadre, no hay diferencia, en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oído cosa más propia."

"Esas alabanzas y encarecimiento—respondió el de la traza—mejor os atañen y tocan a vos que a mí, compadre, que por el Dios que me crió que podéis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y más perito rebuznador del mundo: porque el sonido que tenéis es alto; lo sostenido de la voz, a su tiempo y compás; los dejos, muchos y apresurados."

–"Ahora digo—expresó el dueño—que me tendré y estimaré en más de aquí adelante, pues tengo alguna gracia, que aunque pensaba que rebuznaba bien, nunca al extremo que decís."

Acordaron rebuznar dos veces una tras otra para no confundirse con el animal. Al hallarlo comido por los lobos dijo el dueño: "Ya me maravillaba yo que fuera asno este animal por no responder nuestros rebuznos."

Calla, Sancho

En la tradición de la caballería andante, no se había visto escudero que se atreviera a hablar donde su señor. Mucho menos que hablara tanto, como Sancho Panza.

"Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malicias que ata y cincha una silla para que esté firme"—se quejaba su amo y rezaba para verlo mudo antes de morir.

"En mí, la gana de hablar es primer impulso, y no puedo dejar de decir, por una vez siquiera, lo que me viene a la lengua"—explicó antes de prometer no despegar sus labios más que para honrar a su amo, como si lo fuera. No duró el entredicho puesto a su lengua.

Y ello ya lo distinguía de cabrero cualquiera, que los que se encontraban por el monte eran de pocas palabras y menos molleras; no entendían la jerigonza que salía de la conversa entre amo y escudero.

"Considera y rumia las palabras antes que te salgan de la boca"—le corregía cariñosamente el caballero. Y Sancho no callaba ni entendía de niñerías: "Le he suplicado a vuestra merced que no me enmiende, que no he estudiado en Salamanca para saber si añado o quito alguna letra a mis vocablos."

Despreciaba la gramática, que no la *grama* para su siesta de cuatro o cinco horas en verano. De *tica*, no sabía.

Pero ni durmiendo ni bebiendo paraba de hablar.

Calla, Sancho. Calla, Sancho. Ordenaba su amo una y otra vez, sin lograr detener la arenga porque obedecía dando razones:

"Callaré porque al buen callar llaman Sancho."

–Ese Sancho no eres tú—dijo la Triste Figura—, porque no sólo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar."

Habiendo renunciado al gobierno de la ínsula, Sancho se encuentra en el camino a su viejo amigo Ricote y le cuenta que viene de Barataria, ínsula a dos leguas de ahí.

"Calla, Sancho, que las ínsulas están dentro de la mar, que no hay ínsulas en tierra firme para venir de ellas montado".

El cuerpo de Panza

Si no se dejan ver, déjanse sentir—expresó Sancho después de la paliza que recibió aquella noche en la venta y de escuchar de su amo que fue un moro encantado que protege a la princesa del castillo. "Serían cuatrocientos moros, según mis espaldas". Sus espaldas, sus acostumbrados fiadores.

Remedio: el milagroso bálsamo de Fierabrás. Bebiéndolo le dieron tantas ansias, bascas, trasudores, desmayos, que creyose finado. A la siguiente aventura, se vomitan encima mutuamente; uno luego de enfrentarse a Alifanfarón de la Trapobana, otro antes de prometerse volver a su tierra, la Mancha, donde si algún linaje le cobija es venir de los mejores catadores de la región. Sancho mismo con el mero oler del vino sabe decir la patria, el año y los recipientes por donde ha pasado. Su ser era estar asido a la bota. Y a la comida.

Es de entender que los escuderos pasen hambre, pues los caballeros andantes se bastaban de frutas secas y algunas yerbas. Pero siendo gobernador tuvo un doctor a la mesa que lo puso a dieta. Antes, andando aventuras, no pudo probar los requesones que metió en la celada de su señor por la prisa de éste de enfrentar unos leones. No así en las bodas de Camacho, en las que mirando el banquete que cincuenta cocineros montaban, pidió permiso de mojar un mendrugo de pan en alguna olla. ¡Qué melindroso sois!—dijo un cocinero, y metiendo un caldero en una gran tinaja sacó en él tres gallinas y dos gansos. "Desayúnate esto mientras llega la hora de comer."

Debes ser limpio y cortarte las uñas, le aconsejó su amo antes de tomar posesión de su gobierno. Nada se dice luego al respecto, pero sí que Sancho estuvo tan ocupado administrando su ínsula que no tuvo tiempo ni para rascarse la cabeza.

Sobre su cuerpo cayó el remedio que recetó Merlín para desencantar a Dulcinea:

> es menester que Sancho tu escudero
> se dé tres mil azotes y trescientos
> en ambas sus valientes posaderas,
> al aire descubiertas

El tesoro es el refrán

Desnudo nací desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. El cuerpo de Sancho lo es todo para él, porque su cuerpo está hecho de refranes. "Toda esa gordura y personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes"—dijo su amo, quien pretendió darle una lección acerca del refrán. Es breve y debe venir al caso, le explicó.

"Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refrán traído a propósito; pero cargar y ensartar refranes a trochemoche hace la plática desmayada y baja."

Incontenible, Sancho, podía estar páginas enteras hilvanando refranes si alguien no lo paraba. "Cuándo será el día donde yo te vea hablar sin refranes una razón corriente y concentrada"—pregunta quejoso su señor, el Triste.

Sancho responde:

"Sé más refranes que un libro, y viénenseme tantos juntos a la boca cuando hablo, que riñen por salir unos con otros, pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan al pelo".

En la vida hay dos linajes, tener y no tener. Y todo lo que tiene Sancho, toda su hacienda, todo su caudal, son refranes. El cura del pueblo lo acredita:

–"Yo no puedo creer sino que todos los de este linaje de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo: ninguno de ellos he visto que no los derrame a todas horas y en todas las pláticas que tienen."

Pero el saco es roto por la avaricia y quien busca peligro perece en él. Pues las aventuras no comienzan por poco y no siempre salen buenas. Por eso más vale un diente que un diamante, y más vale pájaro en mano que buitre en el banco, porque si da el cántaro en la piedra o la piedra en el cántaro, mal para el cántaro. Mas cuando te dieren la vaquilla corre con la soguilla y si viene el bien mételo en tu casa. Sobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hacen un mucho. Vamos, que al final, tantas letras tiene un sí como un no.

En el refrán no hay última palabra, pues sería necio decir que "hasta la muerte, todo es vida", si todo es vida, hasta la muerte.

Todo puede ser

De su amo se conoce bien el discurso sobre la libertad, que pronuncia por haberse escapado de la doncella Altisidora, pero su escudero es sabio y su amo lo admira: "maravillado estoy de la libertad de tu condición, Sancho; yo velo cuando tú duermes, yo lloro y tú cantas, yo me desmayo de ayuno y tú de que estás harto."

–"Sólo entiendo que cuando duermo ni tengo temor ni esperanza, ni trabajo ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templa el ardor y, finalmente, balanza y peso que iguala al pastor con el rey y al simple con el discreto. Sola una cosa tiene mala el sueño, según he oído decir, y es que se parece a la muerte."

Sancho decía que la muerte es una señora que todo come y nunca se harta pues no tiene barriga, no masca sino que engulle. Pisa las altas torres de los reyes y las humildes chozas de los pobres. No se ha de fiar en la Descarnada, ni tampoco en la Fortuna, que "es una mujer borracha y antojadiza, y sobre todo ciega; no ve lo que hace, ni sabe a quién derriba ni a quién ensalza." Por ello, supo animar a su amo en más de una ocasión salvándole la vida: "la mayor locura es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate."

Carecía de títulos, aunque hubo quien aseguró que estudió en Salamanca. Injustamente se presenta al lector como villano corto de entendimiento pues desde las primeras páginas se lee su sabiduría:

"Sé decir a vuestra merced que prefiero comer en pie y a solas que en la mesa junto a un emperador. Que mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, a que me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme a menudo, no estornudar ni toser si me viene en gana, ni hacer cosas que la soledad y la libertad trae consigo."

Al dejar su ínsula, le cuestionan qué ganó si no lleva nada.

–"He ganado —respondió Sancho— el haber conocido que no soy bueno para gobernar, si no es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales gobiernos son a costa de perder el descanzo y el sueño".

De la jamás vista aventura

–"Cada día, Sancho—dijo don Quijote—, te vas haciendo menos simple y más discreto."

–"Sí, que algo se me ha de pegar de la discreción de vuestra merced—respondió Sancho—. Quiero decir que su conversación ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído."

Las bromas de Sancho expresan socarronamente su malestar con el asunto de la caballería andante. Cuando su señor se disponía a revelarle un secreto –el encantamiento del castillo– bajo promesa de que lo guarde hasta después de su muerte, Sancho contesta: "Lo juro y ruego a Dios que lo pueda descubrir mañana."

Las primeras aventuras eran mala fortuna. El único botín, una bacía de barbero rota por la mitad, el mismísimo yelmo de oro de Mambrino, que su amo quería en buen resguardo. "No se preocupe—dijo el precavido escudero—lo guardo en mi costal para hacerme la barba.

Otras gracias son involuntarias. Llama al narrador del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* Cide Hamete Berenjena y en la aventura de los batanes amarra las patas de Rocinante para que su amo no se le aparte en medio de la noche. Como quiera se caga encima por miedo al desconcertante ruido. La cobardía de Sancho es una broma del destino para ambos. "Hueles, Sancho, y no a ámbar."

Su candidez funciona de inocente burla en todo momento: "Que muchas veces me paro a mirar a vuestra merced desde la punta del pie hasta el último cabello de la cabeza, y veo más cosas para espantar que para enamorar—le espeta Sancho a su amo—. No sé yo de qué se enamoró la pobre Altisidora."

Los duques destacan la gracia de Sancho por encima de la de su amo. La duquesa en particular opina que es más gracioso y más loco, y muchos pensaban así. Su propio señor acepta que "tiene a veces unas simplicidades tan agudas que causa no pequeño contento".

Su persona sufrió la burla más burda de la novela. Lo mantearon en la venta como a un perro de feria.

Sancho el oscuro

El libro titulado *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha* provocó que Sancho se hiciera de cruces de espanto por lo que dice que él hizo a solas con Dulcinea.

Sancho dio noticia de su existencia y fama a su amo, y junto con el bachiller Sansón Carrasco hicieron su crítica a la obra.

Las partes oscuras del libro se relacionan al escudero: quién fue el ladrón de su rucio y cuáles fueron las circunstancias de su hurto. Qué se hizo con los cien escudos que halló Sancho en la maleta en Sierra Morena. Nunca más se los nombra y hay muchos que quieren saber qué hizo con ellos. Y, claro, el hecho de que nunca vio a Dulcinea.

"Mal hizo el autor de la historia—dice Sancho—si bien tengo algo de bellaco y malicioso, una capa de simpleza natural y nunca artificiosa cubre mi persona."

Sobre el dinero, Sancho aclaró pronto que fue para beneficio de su persona, de su mujer y sus hijos. Del rucio no se sabe qué pasó pero sí que volvió a casa montado en él. Carrasco promete acusar al autor de las faltas y exigirle que perfeccione la figura del buen escudero en la próxima edición del libro, que como el bachiller confirmó, es más gracioso en persona que impreso.

"Aunque por verme puesto en libros y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieren."

No puede ponerse a Sancho por escrito. Él mismo lo señaló después, va contra la tradición de los libros de caballeros andantes en los que nunca se les da el crédito a los escuderos de las hazañas de sus amos, como si fueran de ellos solos. "¿Hanse de llevar la fama y hemos de llevar nosotros el trabajo? Si aun los historiadores dijesen: El tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con ayuda de fulano su escudero, sin el cual fuera imposible el acabarla..."

Pero fue el verse impresos lo que animó a Sancho a sonsacar a su amo a salir nuevamente en busca de aventura, fama y gloria.

Al partir, los relinchos de Rocinante y las flatulencias de su rucio fueron señas de felicísimo agüero. Sancho infirió de ellas que su ventura había de sobrepujar y ponerse por encima de la de su señor.

El difícil arte de narrar

"Érase que era, el bien que viniere para todos sea, y el mal, para quien lo fuere a buscar... En un lugar de Extremadura había un pastor cabrerizo, quiero decir que guardaba cabras, el cual pastor o cabrerizo de mi cuento se llamaba Lope Ruiz; y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralba; la cual pastora Torralba era hija de un ganadero rico; y este ganadero rico..."

–Si de esa manera cuentas tu cuento, Sancho, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos días: dilo seguidamente y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si no, no digas nada.

"Torralba, era moza algo a hombruna, porque tenía unos pocos de bigotes, que parece que ahora lo veo. Yendo días y viniendo días, el amor que el pastor tenía a la pastora se volvió en rencor; a causa de una cierta cantidad de celillos que ella le dio; y fue tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que, por no verla, se quiso ausentar de aquella tierra. La Torralba, que se vio desdeñada del Lope, luego le quiso bien, mas que nunca le había querido."

"El pastor, antecogiendo sus cabras, se encaminó a los reinos de Portugal. La Torralba se fue tras él a pie y descalza desde lejos. El pastor llegó con su ganado al río Guadiana, de lo que se congojó mucho porque veía que la Torralba venía ya muy cerca y le había de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; mas vio un pescador que tenía junto a sí un barco, tan pequeño, que solamente podían caber en él una persona y una cabra; concertó que le pasase a él y a sus trescientas cabras. Entró el pescador en el barco y pasó una cabra; volvió y pasó otra; tornó a volver y tornó a pasar otra..."

–Tenga vuestra merced cuenta en las cabras que el pescador va pasando—dijo Sancho—, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento, y no será posible contar más palabra de él.

–Haz cuenta que las pasó todas, no andes yendo y viniendo de esa manera, que no acabarás de pasarlas en un año.

–¿Cuántas han pasado hasta ahora?

–¿Yo qué diablos sé?

–He ahí lo que yo dije: que tuviese buena cuenta. Pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no es posible pasar adelante.

Sin discreción no hay gracia

Su amo juraba estar bajo un género nuevo de encantamiento, pues no encontraba otra explicación de verse enjaulado sobre un carro de bueyes y no sobre uno de fuego volando con extraña ligereza.

Sancho, que no era tan leído en novelas de caballeros andantes, había observado en la venta que la reina Micomicona se besaba con don Fernando cuando nadie los miraba, que todos se disfrazaron por orden del cura y que con todo ello pretendían terminar la aventura y la locura de su amo, llevándole enjaulado de vuelta a casa. Al ver que su amo no entendía razones, le preguntó lo siguiente a fin de que aceptara que no va encantado sino del juicio trastornado:

–"Lo que quiero saber es que me diga, sin añadir ni quitar cosa alguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir y la dicen todos aquellos que profesan las armas, como vuestra merced las profesa, debajo de título de caballeros andantes. Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo, y, así, porque hace al caso a nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, si acaso después que vuestra merced va enjaulado y a su parecer encantado en esta jaula le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores o menores, como suele decirse... Quiero decir si le ha venido gana de hacer lo que no se excusa."

Toca su amo la verdad, sabiendo que no puede querer evacuar mientras está encantado, y obedece a Sancho que trama liberarlo.

Tiempo después, en el palacio de los duques, Sancho estaba atónito de toda la honra que tenían para con su amo; al cederle el duque la cabecera de la mesa y al éste negarse, Sancho contó un cuento.

"Un hidalgo, que yo conozco como a mis manos, convidó un labrador pobre pero honrado. Estando los dos para sentarse a la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba también que el labrador la tomase, porque en su casa se había de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumía de cortés y bien criado, jamás quiso, hasta que el hidalgo, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole: Sentaos, necio, que adondequiera que yo me siente será vuestra cabecera."

El mejor hombre del mundo

Su primera aventura es la de los molinos. Sancho no da crédito, pero ayuda a su amo a levantarse y le pide que se enderece.

No cree necesaria la venganza a los arrieros que apalearon a Rocinante por refocilarse con sus yeguas, pero siguiendo a su amo igual los ataca aunque fueran más de veinte y ellos uno y medio.

Cuando su amo le encomienda llevar una carta a Dulcinea mientras él hace penitencia en Sierra Morena, Sancho se preocupa, le pregunta qué es lo que va a comer. A los cien pasos vuelve y finalmente obedece al verlo desnudo y de cabeza.

Antes de su segunda salida, Sancho le pide un salario a su amo. En ese momento el bachiller Carrasco aparece y el caballero lo muestra como escudero sustituto. Sancho aclara que lo del salario fue por complacer a su mujer.

Le sobraba bondad, y no dudaba acudir en ayuda de su amo siempre, siempre que no estuviera dormido. Incluso en aquella ocasión que el Diablo le quitó su rucio, prefirió socorrer a su señor, a quien decía querer con las telas de su corazón. No lo abandonó ni por doscientos escudos de oro.

Y otro Diablo, que al estar en escenario mal dramatizado, se le escapa un "Dios y en mi conciencia" fuera del guion. A lo que Sancho interpreta que ese demonio debe ser un hombre de bien y buen cristiano. "Ahora yo tengo para mí que aún en el mismo infierno debe haber gente buena."

Quizá por todo ello, Sancho argumenta que deberían hacerse santos más que caballeros para alcanzar mayor gloria.

Creyéndolo perdido, lloró a su amo amargamente cuando bajó a la cueva de Montesinos a ver dónde paraba el abismo. En su última aventura, que molido a palos lo tenía por muerto mientras todos reían del caballero, Sancho logró revivirlo con sus voces y gemidos.

No así al final, en su lecho de muerte. "¡Ay! No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años. Mire no sea perezoso, sino levántese de esa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores. Si se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, que por haber cinchado mal a Rocinante le derribaron."

Analfabeta credulidad

–"Ni sé leer ni sé escribir. No he leído ninguna historia jamás. No sé ni he caído en las reglas de la profesión caballeresca, pero apuesto que vuestra merced es el más valeroso caballero."

"Sólo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decía era verdad, sabiendo él quién era y habiéndole conocido desde su nacimiento; y en lo que dudaba algo era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal princesa había llegado jamás a su noticia, aunque vivía tan cerca del Toboso."

"Pero se admiraba pareciéndole que no debía de haber historia en el mundo ni suceso que no lo tuviese cifrado su amo en la uña y clavado en la memoria."

Aunque iletrado, sabe firmar malamente su nombre. Así lo hizo para la carta que dictó y envió a Teresa Panza, anunciándole que ya es esposa de un gobernador.

A punto de partir a su ínsula, su señor le dio muchos consejos y Sancho le pidió que se los diera por escrito, su confesor se los leería para no olvidarlos.

–"¡Y qué mal parece en los gobernadores el no saber leer ni escribir! Porque has de saber, ¡oh Sancho!—sentenció su amo—que no saber un hombre leer o ser zurdo arguye una de dos cosas: o que fue hijo de padres demasiado de humildes y bajos, o él tan travieso y malo, que no pudo entrar en él el buen uso ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo."

–"Fingiré que tengo tullida la mano derecha y haré que firme otro por mí, que para todo hay remedio, si no es para la muerte."

Remedio a su condición analfabeta fue su amo, por quien conoció el mundo de los caballeros andantes. "Yo, sin soñar nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor. Pues a fe mía que no se leer."

No dudó en seguirlo y presentarse pronto a sí mismo como escudero y cuando descreía de la tal empresa, el Caballero de los Leones lo convencía de seguir el camino.

–"Más bueno es vuestra merced para predicador que para caballero andante."

El gigante es cuero, la sangre vino

Sancho porfiaba que aquello en el camino era una venta, su amo decía que un castillo. Pero tanto duró la porfía que llegaron al lugar y Sancho entró con toda su recua; porfiando se ahondó en la historia.

"Colgado de las palabras de su amo, sin hablar ninguna, de cuando en cuando volvía la cabeza a ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba."

–"Señor, ni gigante ni caballero ni todo de cuanto vuestra merced dice parece por todo esto. Al menos, yo no lo veo."

–"¿Cómo dices eso? ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los tambores?"

–"No oigo otra cosa—respondió Sancho—sino muchos balidos de ovejas y carneros."

"Quedó muy confuso y pensativo de lo que había oído decir, al cura y al barbero, de que ahora no se usaban caballeros andantes y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras."

Mientras todos en rededor de su amo se volvían contrahechas figuras, Sancho estaba en su mismo juicio y en su misma figura. Aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quién eran todos los disfrazados.

Pero de poco valían las advertencias de Sancho. "Mire bien vuestra merced lo que hace, que no es lo que sabe."—dijo para evitar que liberara a la hermosa señora que con lágrimas y triste semblante se veía que era llevada contra su voluntad.

–"Aquella señora que llevan es la imagen de la benditísima Virgen en procesión." Lágrimas las de Sancho al socorrer a su amo de tal aventura.

De vuelta en casa, con su señor moribundo, Sancho se defiende al verse inculpado. "Él me sacó de mi casa con engañifas, prometiéndome una ínsula que hasta ahora la espero."

–"Juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos, Sancho; una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos."

–"Como haya sido, señor; el gigante es cuero, la sangre vino y la cabeza cortada la puta que me parió."

La escritura andante

–"Has de saber, ¡oh Sancho amigo!, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada, o de oro. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos..."—así imitó Sancho a su amo, luego de un fiasco de aventura, en sus primeras andanzas.

Al narrar torpemente su encuentro con Dulcinea, su amo lo adornaba; no era trigo el que cribaba, sino granos de perlas. No era indiferencia la suya, sino discreción. Su olor hombruno por estar sudada y correosa, era el propio olor de su escudero, pues ella debía oler a rosas, lirios y ámbar. Luego, cuando ambos van en su busca, Sancho señala a una de las tres aldeanas que venían de camino como la mismísima, pero su amo no ve sino a tres labradoras sobre tres borricos y se concluye, felizmente para el escudero, que la señora de sus pensamientos fue víctima de un encantamiento que la despojó de toda su belleza.

Sabedor de que fue suyo el embeleco de la transformación de Dulcinea, no le satisfacían las quimeras de su amo. Pero pronto Sancho empleó más y más argumentos de la caballería andante. Se negó a pagar en la venta, pues si su señor no lo hizo, jamás en libro alguno se vio al escudero hacerlo. Llegó a decir que a su Teresa Panza no la cambiaba ni por la giganta Andandona y solicitó a una dueña del castillo que llevara a su rucio a la caballeriza citando unos versos de Lanzarote:

cuando de Bretaña vino,
que damas curaban de él,
y dueñas del su rucio.

–"Estoy admirado—le expresa su mayordomo cuando gobernador—que un hombre tan sin letras como vuestra merced que a lo que creo, no tiene ninguna, diga tales y tantas cosas llenas de sentencias. Las burlas se vuelven en veras y los burladores se hallan burlados."

Al final, Sancho usa de encantamientos, bautiza a su señor como el Caballero de la Triste Figura y en un arrebato de genialidad espontánea da con el término *baciyelmo* hermanando fantasía con triste realidad.

Ética de la aventura

"No se oía en todo el lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oídos de don Quijote y turbaban el corazón de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñían puercos, mayaban gatos, cuyas voces, de diferentes sonidos, se aumentaban con el silencio de la noche, todo lo cual tuvo el enamorado caballero a mal agüero."

–"Lo que yo saco en limpio de todo esto es que estas aventuras que andamos buscando al cabo al cabo nos han de traer a tantas desventuras, que no sepamos cuál es nuestro pie derecho. Y lo que sería mejor y más acertado, según mi poco entendimiento, fuera el volvernos a nuestro lugar."

Y es que Sancho pensaba para sí, que si no salía con felicidad de aquella aventura, "determinaba de dejalle y volverse con su mujer y sus hijos a su acostumbrado trabajo."

Como buen cobarde, había pasado mucho miedo; cuando su amo se enfrentó al león que tenía el tamaño de una montaña, la vez de la caza del jabalí o cuando apareció la condesa Trifaldín, y luego también al volar en el caballo de madera. Después, cuando zarparon en el Ebro, que más que miedo sintió pena de ver en la orilla a su rucio rebuznar y a Rocinante pugnar por desatarse.

–"Volvamos a nuestra casa y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras que no sabemos; y si bien considera, yo soy aquí el más perdidoso, aunque es vuestra merced el más mal parado." Sancho le había dejado la gana de ser gobernador, no la de ser conde.

–"Volvamos a mi aldea y allí daremos orden de hacer otra salida que nos sea de más provecho y fama." Sancho libera a su amo de la jaula con el propósito de seguir las aventuras. En casa, así razona:

–"Mira Teresa: siempre he oído decir a mis mayores que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa. Y no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras."

"¡Ay—dijo entonces Sancho Panza—, y cuán no pensados sucesos suelen suceder a cada paso a los que viven en este miserable mundo!"

Colofón

El motivo de estas páginas es la gratitud al más entrañable personaje de la literatura. Si esto suena pesado, se afirmará entonces que Sancho es el mejor hombre del mundo y es buena su compañía. Sólo bastó recoger algunos trozos queriendo preservar y, si cabe, compartir un sancho de Panza. Por ello, se usó profusamente una de las principalísimas técnicas de escritura de la actualidad, *copiar y pegar*.

Además, se intuye que en *El Quijote*, no es el amo el lector; él ya está rematado y permite el inicio de la novela. Pero había salido sin su escudero y debió regresar por él para seguir el camino, según se le aconsejó un bromista. Sancho es quien da continuidad, pues es él quien está siendo lector; sabe de los caballeros andantes a través de la persona de su señor, con quien comparte aventuras y en ellas goza y sufre. Mientras los personajes y la propia realidad en rededor de su amo se transfiguran momentáneamente por ser él literatura, Sancho cambia para ser él mismo. No hay disfraz que lo mude, si bien su habla cuenta con variaciones tan extrañas que parecen apócrifas. Pero Sancho desea tanto la gloria como añora volver a casa y hacer lo de siempre. Rusticidad y sabiduría son una y rebozan en Panza.

¿Es posible ser lector siendo iletrado? Con Sancho se disfruta la posibilidad no sólo afirmativa sino alegre. Gonzalo Rojas (1940) corrige la cuestión así:

Los letrados

Lo prostituyen todo
Lo explican todo. Monologan
como máquinas llenas de aceite.
Lo manchan todo con su baba metafísica.

Yo los quisiera ver en los mares del sur
una noche de viento real, con la cabeza
vaciada en el frío, oliendo
la soledad del mundo,
sin luna,
sin explicación posible,
fumando en el terror del desamparo.